

# Hoja Domingal


 30 Octubre 2016  
 XXXI Domingo Tiempo Ordinario

# La Vida desde el AMOR y la Esperanza

FRANCISCO CALLEJAS

**S**eguro que si en este fin de semana a un niño o a un joven le hubiésemos preguntado qué fiesta celebramos, posiblemente muchos de ellos, nos habríamos respondido que la fiesta de Halloween.

Pues no. Los cristianos celebramos la Solemnidad de Todos los Santos y la Conmemoración de los Fieles difuntos, fiestas de un profundo arraigo en el pueblo cristiano. Son días para mirar al cielo, y orar con gesto agradecido, por todos aquellos que nos han dejado y que tienen un lugar en nuestro corazón.

La Iglesia nos invita por un lado, a mirar con esperanza a todos los santos, pero muy especialmente a los santos que no están en los altares.

Nos referimos a tantas y tantas personas anónimas o conocidas que han sido un testimonio por su entrega, su

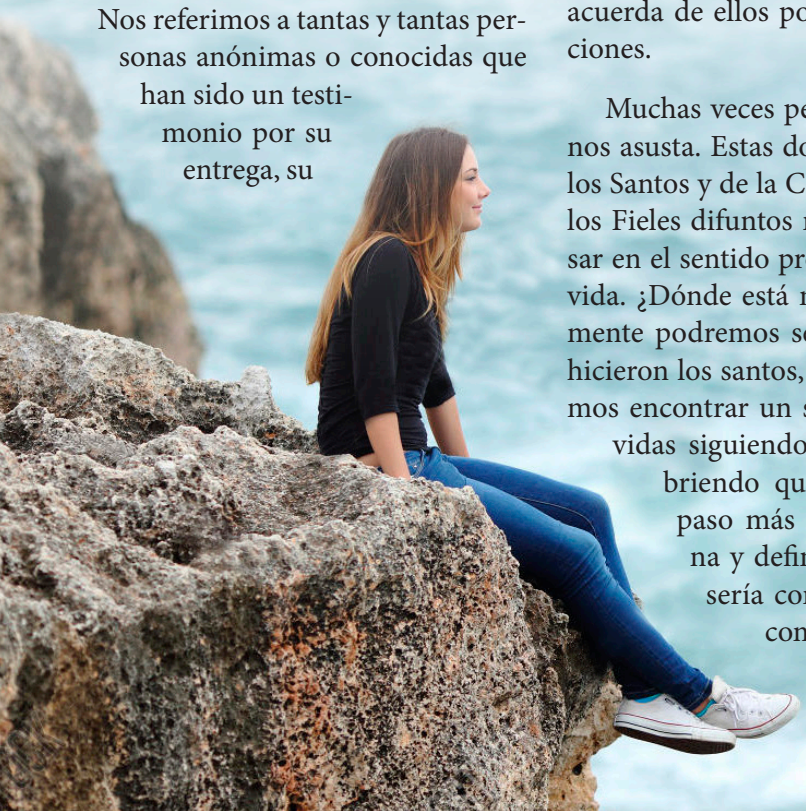
cariño, y su amor a Dios y a los hermanos. En esta fiesta damos gracias a Dios por ellos, por sus vidas, por tanta gente buena como nos ha precedido. De igual manera también nos invita la Iglesia a orar por todos los difuntos, especialmente por los que nadie se acuerda de ellos por diferentes situaciones.

Muchas veces pensar en la muerte nos asusta. Estas dos fiestas de Todos los Santos y de la Conmemoración de los Fieles difuntos nos invitan a pensar en el sentido profundo de nuestra vida. ¿Dónde está mi felicidad? Solamente podremos ser felices como lo hicieron los santos, solamente podremos encontrar un sentido a nuestras vidas siguiendo su estela, descubriendo que cada día es un paso más hacia la vida plena y definitiva. Qué bonito sería contemplar cada día como un regalo que Dios nos ofrece, para desde

la fe y el amor, comprometernos en hacer un poco más felices a las personas que viven a nuestro lado, y así ir construyendo, con la ayuda de Dios, el cielo ya aquí en la tierra.

Estas fiestas son una fiesta de esperanza. La muerte no tiene la última palabra. Jesucristo ha destruido para siempre la muerte, y sabemos que la resurrección de Jesucristo, es el verdadero sí a la vida, es la verdadera luz que ilumina a las personas que ya nos han dejado y que desde el cielo nos acompañan.

Mucha gente se quedará en estos días en la tristeza de mirar al sepulcro o a la muerte. Otros se quedarán con monstruos y disfraces. Quedémonos con la Vida, con la esperanza de la Vida eterna para los que han muerto, y con la certeza de que la santidad es una llamada, un don de Dios, y un compromiso por llenar nuestras vidas del único Amor que es capaz de llenarlas de felicidad.







# Sólo se es cristiano de verdad cuando...

La vida no es fácil. Tropezamos a diario con el dolor, las lágrimas, el fracaso, la frustración. Por eso, intentamos fabricarnos pequeños o grandes paraísos, que, a veces, el tiempo se encarga de desbaratarnos como si de castillos de arena se tratase. Buscamos fabricar nuestra felicidad con el dinero, el poder, el prestigio, la seguridad, la efímera aventura amorosa o, quizá, con otros falsos remedios, como el alcohol o la droga, que pueden acabar destruyéndonos.

De búsquedas y encuentros va el evangelio de este domingo.

El cristianismo no es primariamente una ideología, ni una moral, sino un acontecimiento: Jesucristo. Y sólo se es cristiano de verdad cuando se ha vivido la experiencia de un encuentro con Él. El encuentro con Jesucristo ilumina la mirada, renueva la esperanza, rehace la vida, da sentido a la existencia, cambia nuestro sistema de valores y nuestra actitud ante los otros. Esa ha sido la experiencia de todos los santos. Esa fue la experiencia de Zaqueo el publicano.

La escena acontece en Jericó, la ciudad que, situada a 250 metros bajo el nivel del mar, resulta una anomalía en la geografía de la tierra. Dicen que Jericó es la ciudad más antigua que se conoce; posee ruinas que datan de ocho mil años antes de Jesucristo, hasta el punto de que, cuando el nómada Abrahán pasó por allí con sus rebaños, la ciudad contaba ya con seis mil años de historia a sus espaldas. Era, además, la última etapa para los peregrinos que subían a Jerusalén.

Atravesaba, pues, Jesús esta ciudad en su último viaje a Jerusalén, donde sabía lo que le esperaba: *"He aquí que subimos a Jerusalén donde se va a cumplir todo lo que los profetas han escrito del Hijo del Hombre"*, había dicho, unos días antes, a sus discípulos.

A la entrada Jesús había curado a un ciego y seguro que la noticia había corrido como un reguero de pólvora. No es extraño que su llegada despertara el interés y la curiosidad.

Zaqueo era uno de los jefes puestos por los romanos para recaudar sus impuestos, colaborador por tanto con los opresores y, en consecuencia, odiado y detestado por todos. Se ve que el trabajo era rentable, pues el evangelista no pasa por alto el detalle de que era uno de los personajes más ricos de la ciudad. Como era bajo de estatura no se le ocurrió otra cosa que subirse a una higuera para ver a Jesús.

La actitud de Zaqueo bien pudiera recordarnos la de tantos enanos espirituales encumbrados en la higuera artificial de la fama por los medios de comunicación. Pero parece que la suya no es una curiosidad frívola, de

cotilleo de prensa amarilla. Sentirse pequeño y pecador es un buen comienzo para el encuentro con Jesús. Quizá

ya estaba tocado por la gracia; quizá Jesús, que siempre toma la iniciativa, ya había llamado a la puerta de su corazón, cumpliendo lo que dice al Apocalipsis: *"Estoy a la puerta y llamo. Si alguno me abre, entraré y cenaré con él y él conmigo. Y le daré un nombre nuevo"*.

La búsqueda de Jesús no es fácil. Que lo digan los jóvenes, tan condicionados por la pandilla. Basta la más leve ironía de los otros para zancadillear sus mejores propósitos. Hay que hacer un esfuerzo y auparse por encima del peso de la masa, superar respetos humanos... Eso hizo Zaqueo.

En las calles de Jericó se cruzaron las miradas de Jesús y de Zaqueo. Una mirada puede decir más que miles de palabras. Jesús le invitó a bajarse y a que le hospedara en su casa. Y Zaqueo, que quizá se sintió querido de verdad por primera vez en su vida, abrió las puertas de su casa y, sobre todo, las de su corazón. Fue como apearse de su falsa grandeza para encontrarse cara a cara con Jesús, para compartir la mesa de la intimidad y acoger su palabra.

Volvamos a lo que apuntaba al comienzo de esta reflexión: Zaqueo había pretendido hasta ahora, como tantas veces hacemos los demás, fabricar su felicidad escondiendo su pequeñez humana bajo el poder, el tener y, quizá, bajo el abuso y la extorsión de sus conciudadanos. El encuentro con Jesús le cambió el corazón y el rumbo de la vida. Empezó a ser un hombre nuevo: *"Voy a repartir la mitad de mis bienes a los pobres y si a alguno he defraudado, le restituiré cuatro veces más"*, dirá Zaqueo a la mañana siguiente, puesto en pie.

Si dejáramos entrar a Jesús en nuestro viejo mundo, enconado y violento, florecería la paz, y la alegría abriría nuevas vías de relación entre los individuos, pueblos y continentes. Jesús resumió admirablemente lo acontecido: *"Hoy ha llegado la salvación a esta casa"*.

¿Por qué no concertar esta semana una cita con Jesús? Aunque tengamos que apearnos de autosuficiencias y orgullosos... Puede ser en la intimidad de la familia, en el lugar de trabajo, en el campo, en el silencio de una iglesia, ante el confesionario. Jesús no es un recuerdo, ni una ideología; es el Señor viviente. Vale la pena encontrarse con Él.

+ *Jesús me mira*



**MONS. CIRIACO BENAVENTE**  
Obispo de Albacete





# José Manuel Vidriales

## “El Señor va abriendo nuevos caminos”

El pasado mes de septiembre se celebró la tradicional convivencia de sacerdotes y diáconos para preparar el nuevo Curso Pastoral. Este año con la novedad de poner en marcha la Misión Diocesana durante los dos próximos años.

Para sensibilizarnos en este hermoso proyecto de la Misión, el Sr. Obispo invitó a José Manuel Vidriales, Vicario de Pastoral de la diócesis de Ciudad Rodrigo, que ofreció dos hermosas conferencias. Una “Abiertos a la experiencia de Dios y atentos a la realidad”. Otra: “Salir a servir el Evangelio”. Después se prestó amablemente a responder a nuestras preguntas.

**HOJA DOMINICAL. José Manuel, ¿cómo estar abiertos y atentos a la realidad para salir a la Misión?**

**JOSÉ MANUEL.** A veces la espiritualidad se ha vivido un poco como si el ser espirituales era una manera de estar alejados de este mundo. Todo lo contrario. Tenemos que estar vueltos a Dios, tener una experiencia profunda de Él, y vueltos hacia el hombre y nuestro mundo. En esto consiste la Misión, estar en una actitud de salida como tantas veces nos repite el Papa. Nuestro Señor Jesús salió del seno del Padre para traernos a los hombres todo su amor. También nosotros, los que hemos conocido el amor de Dios, estamos llamados a salir al mundo, acercarnos a los hombres para llevarles también ese amor.

**HD. Tenemos que salir pero ¿cómo salir?**

**J.M.** En el mundo en que vivimos no siempre es fácil. Pero siempre podemos hacer algo. Hay que callejear, hay que estar de aquí para allá, un intentar ir de tú a tú. No se trata de hacer proselitismo, pero sí acercarnos a todo aquel a quien podamos, con delicadeza, empezando por nuestros familiares, amigos, compañeros

de trabajo, dónde y cómo podamos, siempre de la manera más delicada que se pueda para anunciar el evangelio. También tenemos que usar todos los medios que pueden ayudarnos como el arte, la cultura, las redes sociales...

**H.D. ¿O sea que todos estamos llamados a salir?**

**J.M.** Ciertamente, no solamente los sacerdotes. Un sacerdote que yo conocí, con gran empuje misionero, decía que las religiosas, los laicos y los sacerdotes debíamos trabajar juntos formando lo que él llamaba “fraternidades apostólicas”. Trabajando dentro de una comunidad se puede llevar adelante mejor la misión. Pues uno sólo, en este mundo tan individualista, es muy difícil mantenerse ya que el ambiente nos come.

**H.D. ¿Y esto hay que hacerlo hoy no mañana?**

Efectivamente. Pero aquí no se trata de repetir los esquemas y las formas evangelizadoras de siempre. El mundo ha cambiado y está cambiando tanto que ya esto no es posible. Hay que buscar caminos nuevos. De igual manera que el que busca al Señor, lo encuentra, también si buscamos caminos nuevos para evangelizar los encontraremos. Es posible que no equivoquemos algunas veces. Pero, como dice el Papa es mejor una Iglesia que se equivoca porque sale, porque busca caminos nuevos, que la que se queda en casa, pues en el no salir ya se está equivocando.

**H.D. ¿Qué caminos podemos seguir?**

**J.M.** El camino pasa por el interior, por nuestro corazón. Es absolutamente necesario el fuego de la oración, el fuego de la Eucaristía. No podemos convertir el apostolado en una simple tarea, un funcionario, en un trabajo más. Hay que llevar el fuego de la Palabra de Dios, a la vez que un amor y pasión por los pobres. Que todo el mundo vea que la Iglesia se acerca a los que más lo necesitan. Hay que ir a todos, sí, pero de una manera especial a los pobres, como una madre cuida de todos sus hijos, pero se vuelca de una manera especial con el más necesitado.

**H.D. Así pues, tenemos una hermosa tarea por delante ¿No es verdad?**

**J.M.** Efectivamente. Tenemos que estar convencidos de que lo que ofrecemos es un camino de plenitud. A veces se vive y se habla como si el acercarse al Señor fuera algo que nos coarta, que nos limita la vida, que no nos deja vivir felices como lo sienten muchos jóvenes, cuando es todo lo contrario. Debemos contagiar a los demás cuando vean cómo nuestra fe y amor a Jesús nos llena de alegría. Tenemos que evitar vivir un cristianismo vergonzante, que se esconde. Tenemos que hacer que los que se acerquen a nosotros se sientan contagiados por la alegría del evangelio. Tenemos que anunciar en todas partes la belleza de la fe.

*Gracias, José Manuel, por estas palabras tan hermosas que nos has dicho y que nos ayudan adentrarnos llenos de ilusión en la Misión Diocesana.*

“ Para ser evangelizadores nos hace falta una profunda experiencia de Dios

“ A la vez, un gran conocimiento del hombre de hoy

“ El testimonio de una comunidad es muy importante en estos momentos